

## LA “MALA VIDA” EN LA TRILOGÍA *LA LUCHA POR LA VIDA*, DE BAROJA<sup>1</sup>

Por JOSÉ MARÍA VAZ DE SOTO

Este año coinciden el ducentésimo aniversario del nacimiento de Charles Darwin (1809-1882) y el centésimo quincuagésimo (o, dicho en cristiano, el 150) de la publicación de su obra fundamental, *El origen de las especies* (1859). Hoy se admite casi universalmente que Charles Darwin descubrió el origen filogenético de todos los seres vivos, incluidos los humanos. Sin embargo, más que la teoría de la evolución, también formulada por Lamarck o Herder, su gran acierto científico consistió en señalar la “causa” de esa evolución. Su teoría de que la selección natural hace prevalecer en la lucha por la vida, entre las mutaciones genéticas, las que se adaptan mejor al medio, no sólo es correcta, sino que ha sido mil veces confirmada por las distintas ramas de la investigación. Es más, en la historia de la ciencia quizá no haya habido nunca una teoría, combatida por el integrismo religioso y sometida al fuego cruzado de miles de verificaciones independientes, que haya acreditado su validez de modo tan firme como ésta, perfectamente ratificada hoy por los decisivos descubrimientos de la bioquímica a lo largo del último medio siglo.

La idea de la selección natural —el predominio de los más aptos en la *lucha por la vida*— aplicada a la especie humana llevó

---

1. Este texto, leído como disertación en sesión ordinaria de la Academia, es un resumen de las clases impartidas por su autor en el curso titulado “La mala vida” de la cátedra “Luis Cernuda”, organizado por esta misma Academia y la Facultad de Filología de Sevilla en colaboración con la Universidad de Méjico (UNAM). El tema es, digamos, de pie forzado, propuesto por el director del curso, prof. Pedro Piñero, de acuerdo con los profesores mejicanos.

pronto, en la segunda mitad del XIX, a lo que algunos han llamado el darwinismo social. Su más destacado representante fue el filósofo y sociólogo británico Herbert Spencer (1820-1903) que en su filosofía “sintética” considera la evolución como la clave a partir de la cual se explican todos los cambios de la materia, de la vida y de la sociedad.

El darwinismo como teoría biológica del origen y evolución de las especies fue rechazada en su tiempo por los católicos y conservadores y defendida por los librepensadores y liberales. En España, y precisamente en Sevilla, contamos, por cierto, con uno de los primeros biólogos defensores del darwinismo: el abuelo de los Machado, don Antonio Machado Núñez. De todas formas, hay que reconocer que el darwinismo social venía más a pelo, si no con los conservadores propiamente dichos, sí con los liberales, y más aún con los nietzscheanos. Entre estos últimos podríamos incluir al autor de *La lucha por la vida*.

Vamos ahora a recordar brevemente algunos datos de la vida y la obra de Pío Baroja y Nessi hasta la aparición (a sus treinta y pocos años) de la trilogía novelística de que tratamos. Baroja estuvo a punto de nacer muy cerca de aquí, en Río Tinto (Huelva), donde vio la luz su hermano mayor, el pintor Ricardo Baroja; pero nació en San Sebastián, el 28 de diciembre de 1872, día de los Inocentes, por lo que además de Pío le pusieron de nombre Inocencio.

Su padre, don Serafín Baroja, era ingeniero de minas y “culo de mal asiento”, por lo cual toda la familia estuvo expuesta a frecuentes traslados durante los años de la infancia y adolescencia de Pío, de modo que nuestro futuro novelista pasó estos primeros años en varias ciudades, la mayor parte en Pamplona y en Madrid, en cuyo instituto de San Isidro estudió el bachillerato. Siguió posteriormente estudios de Medicina en la universidad de Madrid hasta la licenciatura, y luego, trasladada la familia a un pueblo de la provincia de Valencia, preparó en aquella localidad el doctorado con una tesis sobre *El dolor*.

Terminada la carrera y fallecido su hermano Darío, Pío Baroja se fue de médico de pueblo a Cestona (Guipúzcoa), donde conectó sentimentalmente con sus raíces vascas. Abandonó pronto la profesión y, vuelto a Madrid, regentó una panadería familiar con su hermano Ricardo. Allí, en la tahona, conoció a muchos noctám-

bulos e inició su vida literaria. Por fin, en 1900, publicó un primer libro de relatos, *Vidas sombrías*, libro muy interesante, entre realista y romántico, pero en el que Baroja no ha cuajado aún como escritor con voz propia, por lo que sus cuentos reflejan influencias diversas, unas veces de Poe, otras de Dickens, de Dostoievki, de Ibsen, e incluso de folletinistas como Eugenio de Sue y Ponson du Terrail, tan leídos por el joven Baroja. También se advierten en ellos influencias de Nietzsche, de Schopenhauer y algún eco del mismo Darwin. Enseguida empiezan a aparecer sus primeras novelas: *La casa de Aizgorri* (1900), *Aventuras, inventos y mistificaciones de Silvestre Paradox* (1901), *Camino de perfección* (1902), *El mayorazgo de Labraz* (1903), hasta que en 1903 escribe y publica la trilogía que vamos a comentar.

Baroja acostumbraba a reunir sus novelas en trilogías con un criterio un tanto arbitrario; unas, sólo por afinidades temáticas, y otras porque hay en ellas continuidad de ambientes y personajes. La trilogía de *La lucha por la vida* es una trilogía unitaria. Empieza en *La busca*; prosigue, con los mismos personajes, olvidados algunos y añadidos otros nuevos, en la segunda novela, *Mala hierba*; y concluye con *Aurora roja*.

A lo largo de estas tres novelas, iremos viendo quiénes son para su autor los buenos y los malos, la buena y "la mala vida". Podemos ya adelantar que, para Baroja, aunque no es novelista de tesis, la buena vida es la de la honradez y el trabajo, y a juzgar sobre todo por el final vagamente moralista de *La busca* (el autor no puede disimular en muchos pasajes de su obra un fondo que, para entendernos, podemos llamar *puritano*) la mala vida es la de los pícaros, los golfos, los delincuentes, las prostitutas... Ahora bien, en el mundo del suburbio, de los marginales, se nos presentan a su vez personajes buenos y malos.

Sabemos por Biruté Cipliauskaitė<sup>2</sup> que Baroja escribió primero una sola novela titulada como luego la primera de la trilogía, *La busca*, y publicada como folletín en el periódico "El Globo" en 1903, que luego fue ampliada y desglosada en las dos primeras de la trilogía, prolongada con *Aurora roja* y editadas las tres con el

---

2. Biruté CILJIAUSTIKAITĖ, *Baroja, un estilo*, Librería Ínsula, Madrid, 1972, p. 156.

título común de *La lucha por la vida* entre 1904 y 1905. Así que cabe pensar que la división en tres de la segunda redacción sea consecuencia de las dimensiones excesivas del relato para un solo tomo, pero también es cierto que no se trata de una división puramente mecánica, puesto que, leídas con independencia, cada una de las tres novelas funciona como tal por sí sola y tiene cierta unidad independiente, dentro de la estructura típicamente “abierta” de las novelas barojianas.

Para, sin ser demasiado prolijo, dar una idea de esa estructura, voy a referirme sólo a parte del argumento de la primera de estas novelas, añadiendo algunas notas sobre la segunda y la tercera, con objeto de que quede patente su carácter “abierto”, es decir, picaresco, itinerante, sin apenas atisbo de estructura dramática ni de intriga; de novelas formadas como suma de pequeños relatos engarzados por un mismo protagonista, carácter evidente de *La busca*, y que, con matices, podemos hacer extensivo a *Mala hierba* y *Aurora roja*.

Comienza *La busca* presentándonos el ambiente de una pensión, en un primer capítulo retóricamente muy cuidado (con lo que Baroja llamaba retórica “en tono menor”<sup>3</sup>). Llega del pueblo el hijo de la criada (la Petra). Se nos describe el ambiente de la pensión y sus relaciones con la vecindad, en particular con un prostíbulo de la acera de enfrente. El tono comienza siendo humorístico, *dickensiano*, un tanto impostado.

Sigue pronto un segundo ambiente: el de los barrios marginales. Manuel se pelea con un huésped y tiene que irse de la pensión. Va a trabajar a la zapatería de un primo de su madre, el señor Ignacio, donde conoce a sus primos Leandro y Vidal, así como a la mujer del zapatero, Leandra, a la hermana de ésta, Salomé (“amontonada con un gachó”), y a la madre del señor Ignacio, señora Jacoba. Empiezan las correrías con sus primos por los alrededores de la calle del Águila: Arroyo de Embajadores, Rondas de Segovia y de Toledo, Paseo de las Acacias...

Manuel y Vidal ingresan en la cuadrilla del *Bizco* y continúan sus correrías a orillas del Manzanares, por el Paseo de Yeserías,

---

3. Cf. Santiago FERNÁNDEZ MOSQUERA, “Baroja y la retórica en tono mayor”, en *Anales de la Literatura Española Contemporánea*, vol. 25, nº 1, enero 2000, pp. 217-238.

el cementerio de San Isidro y el Campillo de Gil Imón, todos ellos lugares del extrarradio bien conocidos en el Madrid de finales del XIX, que Baroja recorrió sin duda tomando notas para su novela como cualquier escritor naturalista de la época. Van luego a la casa del tío Rilo, en el Arroyo de Embajadores, llamada la Corrala, el Corralón o la Piltra. Se nos presenta allí toda una galería de personajes más o menos marginales o pintorescos, como el *Corretor* (de imprenta), el barbero jorobado Rebolledo o el ropavejero del Rastro, Zurro. Leandro pretende a Milagros, la hija del *Corretor*, lo que va a dar origen a un truculento drama en la tercera parte de la novela.

En la segunda (*La busca* tiene tres) reaparece el estudiante Roberto Hasting y Núñez de Letona, sobrino de don Telmo (uno de los huéspedes de la pensión), que viene a la zapatería preguntando por Manuel para que, en busca de una tal Rosa, lo acompañe a la *Doctrina*, en el Puente de Toledo, donde la clase adinerada, marquesas y otras damas, pretende adoctrinar al "cónclave de mendigos", a cambio de algunos regalos, en una especie de "conciliábulo de Corte de los Milagros", que nos recuerda más algún capítulo de *Misericordia* de Galdós que a Víctor Hugo o a Valle-Inclán.

Sigue una concatenación de ambientes, de idas a una parte y otra, y de personajes heteróclitos, siempre más o menos pintorescos. Pero vamos a saltarnos, para abreviar, unos cuantos capítulos, en los que va incluido el crimen por celos de Leandro, que mata a su novia Milagros y se suicida a continuación, con el muy folletinesco final del retrato del homicida que pende en un medallón del cuello de su víctima.

El señor Ignacio cae enfermo y la Leandra reenvía a Manuel con su madre, que lo coloca en un puesto de verduras de la plaza del Carmen, de donde pasa pronto a trabajar en una tahona y acaba volviendo a las correrías con su primo Vidal y el *Bizco*, siempre al borde de la delincuencia. Se vuelve a encontrar luego con Roberto, que de vez en cuando le suelta un discurso más o menos nietzscheano sobre la voluntad, en contraste con Manuel, que encarna más bien la abulia noventayochista.

Este Roberto representa en parte el ideal barojiano, criticado luego por Ortega, de la "acción por la acción", con influencia clara de Darwin y algún eco de Nietzsche. Véase el siguiente párrafo de *Aurora roja*:

“En el fondo no hay más que un remedio y un remedio individual: la acción. Todos los animales, y el hombre no es más que uno de ellos, se encuentran en un estado permanente de lucha; el alimento tuyo, tu mujer, tu gloria, tú se lo disputas a los demás; ellos te lo disputan a ti. Ya que nuestra ley es la lucha, aceptémosla, pero no con tristeza, con alegría”.

Esta primera novela acaba con los celos y la rabia del protagonista porque la chica de la que está enamorado, la Justa, se hace novia de una especie de chulo, el *Carnicerín*. La última noche, Manuel abandona la casa del padre de Justa, un trapero con el que vive asociado, y duerme al raso en la Puerta del Sol. Así acaba *La busca*, con un final melancólico, pero quizá algo esperanzado y no tan pesimista como cabía esperar del grueso de la narración. El narrador se muestra aquí benévolo con el protagonista y lo aprueba moralmente, sin duda por los buenos propósitos de Manuel, que decide dejar la vida de golfo y trabajar.

En cuanto a la Justa, reaparece en la segunda novela de la serie, *Mala hierba*, lo que sirve de enlace —un lazo más— en la trilogía, a la que aporta cierto grado de unidad temática. En *Mala hierba* resulta que Justa se ha hecho prostituta y Manuel se la encuentra en la visita con dos amigos a una casa de citas. Aparece ante él con otras dos prostitutas y Manuel, al reconocerla, queda “sobrecogido”. Van los seis a un merendero y, al quedarse solos en un momento dado Justa y Manuel, permanecieron “sin saber qué decirse”. “Manuel —leemos— sentía una tristeza dolorosa, el aniquilamiento completo de la vida”.

En *Mala hierba*, nuestro hombre consigue colocarse al fin de cajista junto a su amigo Jesús. Más tarde, los echan a los dos de la imprenta y vagabundean de nuevo por los arrabales en compañía de don Alonso, el fantástico titiritero ya conocido de *La busca*, durmiendo los tres al raso o en solares y casas en ruina, en una especie de versión de “okupas” de la época, hasta su reencuentro con Vidal y el asesinato de éste por el *Bizco*.

En cuanto a *Aurora roja*, comienza en otro tono con un “prólogo” en el que se nos presenta a un nuevo personaje, Juan, el hermano menor de Manuel, seminarista que abandona el Seminario (ya aludido, aunque no nombrado, en las primeras páginas de *La*

*busca*) y que va a ser coprotagonista con su hermano de esta tercera entrega de *La lucha por la vida*. El ex seminarista, que viene de pasar unos años como escultor en París, aparece un día en el taller de Rebolledo en un inesperado comienzo *in medias res*, para luego, en el capítulo segundo, continuar la narración con las últimas peripecias de la vida de Manuel –han pasado cuatro años desde el final de *Mala hierba*–, que ahora trabaja de nuevo en una imprenta y se ha ido a vivir con su hermana viuda y una amiga de ésta, la Salvadora; y, por último, en el capítulo tercero, será Juan quien cuente su vida desde que dejó el Seminario, con sus años de estancia en Barcelona y en París.

En la segunda parte de *Aurora roja*, empiezan las reuniones del grupo de anarquistas formado por viejos personajes de *La busca* o *Mala hierba*, como Rebolledo o el señor Canuto, en la taberna *Aurora* (de ahí que Juan bautice al grupo como *Aurora roja*). En las discusiones, Baroja contrapone la utopía libertaria al sentido común de Rebolledo, así como el socialismo (que le es menos simpático) al anarquismo; todo ello a un nivel intelectual culto pero de hombres de la calle y obreros un poco leídos. Algunos anarquistas relatan las vicisitudes violentas del anarquismo de la *dinamita*, con sus episodios de violencia y represión, hasta el asesinato de Cánovas por Angiolillo.

Aunque, como hemos dicho, las simpatías del autor se inclinan –sin mucha fe– por los anarquistas, su personaje principal, Manuel, como buen obrero ordenado, se muestra más partidario del socialismo en las discusiones entre su hermano Juan y su regente Pepe Morales; “pero los anarquistas, como hombres, valían más”, apostilla el narrador.

Excusen lo prolijo y meticuloso de este resumen argumental –muy abreviado e incompleto– para el que la única disculpa que encuentro es mi intención de que los que no hayan leído la trilogía se hagan cargo del modo de hacer barojiano y del contenido y estructura de estas novelas. En este sentido, conviene aclarar que aunque *La lucha por la vida* puede leerse como una única y larga novela –con algunos pasajes que, como hemos indicado, sirven de conexión entre sus partes–, también cabe ver cierta estructura novelística unitaria en cada uno de los títulos que integran la trilogía.

El mundo de la *lucha por la vida* está especialmente representado, desde el punto de vista social y biológico, por personajes como el Bizco en *La busca*, aunque sea, en esta primera entrega, lucha por la vida a la desesperada y aunque la “brutalmente shekespeariana” frase de Darwin (*struggle for life*) encaje mejor en el segundo título de la serie. Así lo vio Alarcos en su discurso de ingreso en la Academia Española<sup>4</sup> respecto al carácter relativamente “autobiográfico” de esta segunda fase de la vida de Manuel:

“Baroja traspuso las realidades observadas y las experiencias vividas en el proceso de su propia formación psicológica de escritor al proceso vital de otro hombre, situado en otra esfera y destinado a otras tareas. La lucha por la vida de un escritor se transforma así en la lucha por la vida de un pequeño industrial de la imprenta”.

Y esto ocurre sobre todo, ya queda dicho, cuando Manuel abandona la vida de la “busca” y del suburbio, es decir en *Mala hierba*, prolongada luego en *Aurora roja*. *La busca* presenta al adolescente –resumen del discurso y el libro de Alarcos–, aun sin clara conciencia de lo que quiere, buscándose a sí mismo y dejándose conducir por la gente de su entorno. *Mala hierba* lo presenta, ya de joven, sometido a las fuerzas opuestas de sus buenas intenciones y de su débil voluntad; sólo al final aparece la voluntad ajena, la Salvadora (nombre significativo, a la manera de Galdós), que podría redimirlo de la mala hierba, junto al sueño de un mundo futuro luminoso y pacífico. Por último, en *Aurora roja*, parece ya Manuel como joven obrero serio y ordenado, aunque algo vacilante entre la sensatez de Salvadora y los cantos de Jesús, reforzados ahora por los sueños anarquistas de su hermano Juan.

La materia argumental de la trilogía la reparte Alarcos<sup>5</sup> en tres temas bipolares: en *La busca*, las andanzas de Manuel van y vienen del trabajo a la vagancia; en *Mala hierba*, los mundos opuestos son el trabajo ordenado y la ocupación irregular o ilegal;

---

4. Emilio ALARCOS LLORACH, “Anatomía de *La lucha por la vida*”, Editorial Castalia, Madrid, 1982.

5. *Ibidem*, p. 40.



y en *Aurora roja*, las preocupaciones de Manuel oscilan entre la aceptación del orden social establecido y las aspiraciones a un mundo mejor.

Respecto a la técnica narrativa, casi siempre lineal en cuanto a la cronología, me limitaré a comentar por mi cuenta los modos del discurso novelístico. Baroja se sirve siempre de sus tres formas tradicionales: descripción, narración y diálogo. No hay en estas novelas ni soliloquios, ni monólogo interior, ni apenas estilo indirecto o indirecto libre, ni ninguna de las diversas novedades introducidas en la novelística del siglo XX desde Proust o Kafka a Joyce o Faulkner. Los maestros de Baroja, confesados por él frecuentemente, no son ninguno de ellos, sino los grandes escritores del XIX, especialmente Dickens, Stendhal, Dostoievski, Tolstói, Balzac, Ibsen, Edgard Allan Poe... Y en España, un poco, Galdós como referente inmediato aunque poco reconocido.

En las novelas de que hoy nos ocupamos, como en casi todas las de Baroja, hay proporcionalmente mucho diálogo. En el recuento de Alarcos, un 62 y pico por ciento de la trilogía es relato (narración y descripción entrecruzadas) y un 37 y pico por ciento son diálogos. Señala también Alarcos que el lenguaje directo (la reproducción de diálogos) va en aumento en cada novela, de modo que en *La busca*, encontramos un 25 y pico por ciento; en *Mala hierba*, un 38 y pico; y en *Aurora roja*, un 47 y pico. Y concluye el gran lingüista: "Parece esto de acuerdo con el predominio en *La busca* de las descripciones, en *Mala hierba* del movimiento y en *Aurora roja* de las discusiones". Yo añadiría la observación de que el diálogo entre golfos y maleantes (*La busca*) le resulta más difícil y le atrae menos a Baroja que el diálogo entre gente más culta (*Mala hierba*) o más o menos intelectual (*Aurora roja*). También hay que advertir (puesto que Alarcos no distingue entre una y otra) que, sobre todo en *La busca*, hay casi siempre más descripción que narración, incluso en los pasajes narrativos (quizá porque hay poco que narrar, o poca emoción en lo que se narra, y mucho que describir en los ambientes miserables). Observemos también cómo Baroja se esmera especialmente en las descripciones de paisajes, lo mismo del estado del cielo anubarrado que de los desmontes del suburbio, casi siempre con tintes románticos y sentimentales y con técnica más bien impresionista.

Vamos a comentar ahora algunos aspectos de “la mala vida” entre los personajes del suburbio que Baroja nos presenta en *La busca*, y los de clase obrera de los que se ocupa en *Mala hierba* y en *Aurora roja*. En primer lugar está el abigarrado mundo marginal de la delincuencia: pícaros, randas, golfos, trileros, estafadores de poca monta... Está visto no digo ya con simpatía, pero sí con cierta conmiseración y con bastante objetividad, aunque a veces se advierta que el autor no conocía por dentro ese mundo y la imaginación le falle a veces un poco. Baroja sostuvo siempre que el novelista “necesita el trampolín de la realidad” y que “inventar es lo más difícil”, y así viene a demostrarlo en estas novelas con notables diferencias de acierto entre lo observado y lo imaginado.

En *La busca*, el mundo de la delincuencia está observado y descrito sin ternura, a veces con crueldad verista típica del naturalismo. Vean la etopeya de un personaje de la marginalidad, abocado a la delincuencia y al crimen:

“El *Bizco* era un bruto, una alimaña digna de exterminio. Lujurioso como un mono, había forzado a algunas chiquillas de la casa del Cabrero a puñetazos; solía robar a su padre, miserable tejedor de caña, dinero para ir a algún bajo prostíbulo de las Peñuelas o de la calle de la Chopa, en donde encontraba mujeronas pintarrajeadas, con la colilla en los labios, que a él le parecían princesas”.

Y enseguida el apunte fisiognómico y antropológico próximo al racismo: “Su cráneo estrecho, su mandíbula fuerte, su morro, la mirada torva, le daban aspecto de brutalidad y animalidad repelente”. Siguen otros detalles tremendistas con ecos de folletín para concluir:

“Hombre primitivo, afilaba su puñal, comprado en el Rastro, y lo guardaba como una cosa sagrada. Si cogía a algún gato o perro por su cuenta, lo mataba a pinchazos, gozando en martirizar al animal. Hablaba torpemente, rellenando sus frases con barbaridades y blasfemias”.

He aquí a continuación cómo describe el narrador a un grupo de mendigos y la opinión sobre ellos del nietzscheano Roberto, en gran parte portavoz de las ideas del autor en la época:

“Entre los mendigos, un gran número lo formaban los ciegos; había lisiados, cojos, mancos; unos hieráticos, silenciosos y graves; otros movedizos. Se mezclaban las anguarinas pardas con las americanas raídas y las blusas sucias. Algunos andrajosos llevaban a la espalda sacos y morrales negros; otros, enormes cachiporras en la mano; un negrazo, con la cara tatuada a rayas profundas, esclavo, sin duda, en otra época, envuelto en harapos, se apoyaba en la pared con indiferencia digna; por entre hombres y mujeres correteaban los chiquillos descalzos y los perros escuálidos; y todo aquel montón de mendigos, revuelto, agitado, palpitante, bullía como una gusanera”.

“Gusanera” descrita por el narrador que no le merece a su personaje dilecto, Roberto Hastings, un comentario de piedad, sino la siguiente reflexión:

“¡Qué pocas caras humanas hay entre los hombres! En estos miserables no se lee más que la suspicacia, la ruindad, la mala intención, como en los ricos no se advierte más que la solemnidad, la gravedad, la pedantería. Es curioso, ¿verdad? Todos los gatos tienen cara de gatos, todos los bueyes tienen cara de bueyes; en cambio, la mayoría de los hombres no tienen cara de hombres”.

En segundo lugar, el mundo de la prostitución está visto en *La busca* desde cierta distancia y total despego, casi con la crueldad del Valle-Inclán de *Luces de bohemia*. Se ve que no fue un mundo frecuentado por Baroja: le faltaba aquí el “trampolín de la realidad” vista por dentro; también le faltaba respecto a la delincuencia, pero en esto sus dotes de observación casi fotográfica e interpretación de lo observado suplían hasta cierto punto la falta. No obstante, se presentan en estas novelas casos diversos de prostitución pobre, con cierta conmiseración, y menos pobre, desde “golfas viejas” a señoritas que lo disimulan o que quedan embarazadas e incluso recurren al aborto clandestino, como es el caso de Irene, una de las chicas de la pensión en *La busca*. El punto de vista del narrador es casi siempre crítico y distante, con frecuencia el punto de vista del médico que fue

Baroja. He aquí un par de descripciones próximas al naturalismo de la época:

“Todos contemplaron a la Paloma con atención; tenía cara enorme, blanda, con bolsas de piel violácea, mirada tímida, de animal; representaba cuarenta años lo menos de prostitución, con sus enfermedades consiguientes; cuarenta años de noches pasadas en claro, rondando los cuarteles, durmiendo en cobertizos de las afueras, en las más nauseabundas casas de dormir”.

“Dos o tres de aquellas infelices llevaban en sus brazos niños de otras mujeres que iban a pasar allí la noche; algunas dormitaban con la colilla pegada en el extremo de la boca. Entre las filas de viejas había algunas chiquillas de trece o catorce años, monstruosas, deformes, con los ojos legañosos; una de ellas tenía la nariz carcomida completamente, y en su lugar, un agujero como una llaga; otra era hidrocefala, con el cuello muy delgado, y parecía que al menor movimiento se le iba a caer la cabeza de los hombros”.

En tercer lugar, próximo al mundo de la prostitución, se nos presentan casos de *maltrato* a mujeres, lo que hoy nuestras ministras feministas llamarían “violencia de género” y hasta puede que tacharan de “políticamente incorrecta” la posición del autor. No obstante, también aparecen alegatos pre-feministas, como los de Salvadora en *Aurora Roja*, que se declara “casi libertaria” porque el Estado no sirve más que “para proteger a los ricos contra los pobres, a los hombres contra las mujeres, a los hombres y las mujeres contra los chicos”. Y añade: “Yo, cuando leo esos crímenes en que los hombres matan a las mujeres, y luego se les perdona porque han llorado, me da una ira...”.

Como casos de malos tratos podemos recordar los pasajes de *La busca* donde se nos habla de “forzar chicas” o “forzar muchachas”; el maltrato (ya en el capítulo segundo de esta misma novela) del padre a la madre de Manuel, a la que abofeteaba y tiraba los platos por el aire cuando se enfurecía, mientras ella “se encerraba a llorar y a rezar en su cuarto”; el caso de la Salomé, en la segunda

parte, que "adoraba a su hombre", "cobarde y gandul", y le entregaba a éste el producto de su penoso trabajo, mientras que "el truhán no se contentaba con sacarle el dinero, sino que la zurraba además"... Más adelante, el celoso Leandro le pregunta a Manuel:

"—¿Tú crees que si una mujer le engaña a un hombre no tiene uno el derecho de matarla?"

—No —contesta Manuel.

—Pues cuando un hombre tiene riñones —insiste Leandro—, lo hace con derecho o sin él".

Poco más tarde, cumpliendo lo dicho, Leandro mata a Milagros y se suicida de una puñalada en el corazón para poner así punto final a una tragedia de las que hoy, en España, nos resultan casi cotidianas en los informativos de radio y televisión. Todavía, hacia el final de *La busca*, es el anciano borrachín *Tío Tarrillo* el que quiere forzar a una prostituta, aunque a ésta le da tanta risa que la cosa resulta imposible. Y el tormento del mismo protagonista, Manuel, también celoso, se nos describe en los siguientes violentos términos:

"La ira le subía en oleadas a la garganta; sentía furor negro, vagas ideas de acometer, de destruir todo, de echar todas las cosas al suelo y despanzurrar a todos los hombres. Él prometía al *Carnicerín* que, si alguna vez le encontraba a solas, le echaría las zarpas al cuello hasta estrangularle, le abriría en canal como a los cerdos y le colgaría con la cabeza para abajo y un palo entre las costillas y otro en las tripas, y le pondría, además, en la boca una taza de hoja de lata, para que gotease allí su maldita sangre de cochino".

Aunque ya al final de la novela, cuando Manuel oye de labios de un municipal el comentario de que los golfillos como él "ya no son buenos", se siente hondamente impresionado: "Examinó su vida. Él no era malo, no había hecho daño a nadie. Odiaba al *Carnicerín* porque le arrebatava su dicha, le imposibilitaba vivir en el rincón donde únicamente encontró algún cariño y alguna protección". Y concluye esta primera novela sin salir de su monólogo interior en estilo indirecto e indirecto libre:

“Comprendía que eran las de los [señoritos] noctámbulos y las de los trabajadores vidas paralelas que no llegaban ni un momento a encontrarse. Para los unos, el placer, el vicio y la noche; para los otros, el trabajo, la fatiga, el sol. Y pensaba también que él debía ser de éstos, de los que trabajan al sol, no de los que buscan el placer en la sombra”.

El mundo de la prostitución, de los abusos y del maltrato se prolonga en algunos episodios de *Mala hierba*. Como novedad respecto a la novela anterior, encontramos casos extremos de maltrato infantil por parte de los padres, como la de un carpintero y su mujer que “se emborrachaban y pegaban a la niña de una manera bestial” y, cuando Manuel se lo reprocha, le contesta el carpintero: “¿No es mi hija? Puedo hacer con ella lo que quiera”. O un caso de incesto entre hermanos “que vivían amontonados” en tanto que otra hermana daba a luz en el suelo del mismo cuchitril. O el maltrato de una tal Petra (hay tres mujeres con este nombre en la trilogía, no sé si por descuido o por “realismo” del autor) a su hija de dieciséis años que se dedica a vender periódicos y a la prostitución callejera y “entregaba todo el dinero a su madre, y cuando ésta suponía algún engaño le daba unas cuantas tortas”. También, recurriendo al látigo con las mujeres según el consejo del Zarathustra de Nietzsche, hay lecciones de *ars amandi* por parte de Vidal, el primo de Manuel: “Con las mujeres es cuestión de labia... Algunas veces se las echa uno de incomodado y se les arrima un par de bofetadas”.

Por último, en *Aurora roja*, es de destacar sobre el tema de la prostitución el reencuentro con Justa y el diálogo de Manuel con la Flora, con la que se encuentra unos días antes a la entrada de un teatro. He aquí, primero, al cabo del tiempo, un retrato inmisericorde de la Justa:

“Manuel la miró y sintió una impresión repelente. La Justa había tomado un aspecto de bestialidad repulsiva; su cara se había transformado haciéndose más torpe; el pecho y las caderas estaban abultados; el labio superior lo sombreaba un ligero vello azulado; todo su cuerpo parecía envuelto en grasa, y hasta su antigua expresión de viveza se borraba, como ahogado en aquella gordura fofa”.

Reproduzco a continuación, de unas páginas antes, el diálogo completo de Manuel con la Flora para que se observe la viveza y verismo del lenguaje:

“—¡Demonio!... la Flora. —¡Anda la...!, si es Manuel —dijo ella—. ¿Qué es de tu vida? —Estoy trabajando. —¿Pero vives en Madrid? —Sí. —Pues hace una barbaridad de tiempo que no te veo, chico. —No vengo por estos barrios. —¿Y a la Justa, no la ves? —No. ¿Qué hace? —Está en la misma casa. —¿En qué casa? —¡Ah!, ¿pero no lo sabes? —No. —¿No sabes que está en una casa de ésas? —No sabía nada. Desde lo de Vidal, no la he vuelto a ver. ¿Cómo está? —Hecha una jamonaza. Se da al aguardiente. —Sí, ¿eh? —Una barbaridad, lo da también la vida. No hace más que beber y engordar. —Pues tú estás igual que antes. —Más vieja. —¿Y qué haces? —Na, por ahí trampeando.”

Y continúa después la Flora con una contraposición de gran interés sociológico entre la prostitución libre y la institucionalizada de la época:

“Yo, hecha la Pascua, chiquillo; marchando mal. Si tuviera algún dinero, pondría una tiendecilla, porque para hacer como la Justa yo no tengo redaños. ¡Palabra de honor, chico!, aunque apabullada, yo no podría vivir entre esas tías cerdas, porque, aunque una sea cualquier cosa, estando libre puede una hacer su capricho, y si un hombre le da a una asco, mandarlo a tomar *dos duros*; pero, ¡leñe!, en una casa de ésas hay que apencar con todo”.

Vemos, en fin, a lo largo de la trilogía, tres clases de prostitución y tres destinos de las prostitutas: las de la calle, que operan por su cuenta; las de los prostíbulos; y las queridas de chulos o de señores ricos o poderosos, con los que se amanceban.

Con más comprensión y compasión están vistas las prostitutas desde el punto de vista anarquista en *Aurora roja*; por ejemplo, en el discurso que pronuncia Juan en el mitin del Barbieri, referido en estilo indirecto, con su defensa de todos los humillados y ofendidos,

donde se nos habla “de las mujeres holladas, hundidas en la muerte moral de la prostitución, pisoteadas por la bota del burgués y por la alpargata del obrero”.

En conclusión, la trilogía de *La lucha por la vida*, refleja la situación del subproletariado y de la clase obrera madrileña (el mundo de la “busca”, la delincuencia y la prostitución frente al del trabajo humilde) a comienzos del siglo XX, presentándonos numerosos casos de miseria e inmoralidad, que Baroja compadece o reprueba implícita o explícitamente a partir de su ética schopenhaueriana de la compasión (en cuanto a la miseria) y de su puritanismo innato y un tanto intransigente (en cuanto a moral sexual).

En último término, Manuel, que llegó a ejercer de chulo y vivió amancebado con la Justa una temporada, se inclina al fin por el matrimonio con la Salvadora, a la que (muy puritanamente, a estilo barojiano) se decide a besarla antes del casamiento. “Entonces tengo que besarte –le dice–, no hay más remedio. Te besaré con respeto; ¿no quieres? Te besaré como a una santa. ¿No te convence tampoco? Te besaré como si besara la bandera roja, ¿sabes?” Aunque por último se corrige un poco: “La Salvadora vaciló y presentó la mejilla; pero Manuel la besó en los labios”.

¡Qué atrevimiento, don Pío!